

EL BESO DE LA NOCHE

ASHLEY



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Night's Kiss
Traducción: Alicia Liliana Azcué de Bartrons

- © 2005 Madeline Baker. Reservados todos los derechos
- © 2007 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2007 por la traducción Alicia Liliana Azcué de Bartrons. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Junio 2007

ISBN: 978-84-96692-48-0

Depósito Legal: M-24184-2007

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

*Para Frank Langella,
cuyo sensual retrato del notorio conde
de la película Drácula
ha inspirado todos mis héroes vampiros.
¡Gracias!*

Oscura Existencia
Hombre o bestia, sin ser su conjunción
Aunque de ambos soy consecuencia
La bestia siempre habitará en mi esencia
El Hombre, en las ruinas de mi corazón...

La bestia, criatura de lo horrendo
El hombre, una cáscara vacía
Aguarda la salvación que no llega
Vive en los fuegos del infierno eterno...

Mi anhelo, ver el sol una vez más
Al igual que un amoroso abrazo ansío
Pero, el amor nunca será mío
Y el sol jamás calentará mi faz...

Destinado a deambular la oscuridad
Solitaria es mi oscura existencia
Busco saciar mi oscura apetencia
Aunque es hambre de amor y claridad...

Elizabeth Camp

Capítulo 1

Ahogado en un océano de soledad y amarga desesperación, Roshan DeLongpre permanecía sentado frente a la enorme chimenea, con la vista fija en el fuego. Las llamas voraces crepitaban vívidamente en brillantes tonos de rojo y amarillo, con deslumbrantes matices azules y verdes. Distinguía claramente cada llama danzante, cada sutil sombra y matiz. El fuego, su mayor enemigo, junto con la dorada luz del día.

Luz del fuego, luz del sol, ambas tenían el poder de destruirlo.

Un suave suspiro le brotó de los labios. Cada vez más cansado de su existencia, tan, tan hartó. Cada noche era igual a la anterior. La vida, tal cual la conocía, había perdido el brillo, ya no quedaban sorpresas, tan sólo un viejo instinto de supervivencia.

Mientras miraba cómo se contorsionaban las llamas, se preguntaba por qué habría de preocuparse. No tenía ninguna razón suficiente para seguir adelante. Podía inspirar pasión pero no amor, exigir obediencia pero no afecto. Era capaz de cambiar de forma a voluntad, moverse con increíble velocidad, desafiar la ley de gravedad, disolverse en tenue bruma o desaparecer totalmente. Aun así, en esa fría noche de octubre, sus poderes sobrenaturales no significaban nada.

La noche. Miró a través de la ventana cubierta de plomo, más allá de la oscuridad. Había visto la luna salir por más

ASHLEY

de trescientos años, pero había sido privado de la belleza majestuosa de la luz del amanecer.

Quizás había llegado el momento de observar el nacimiento de un nuevo día por última vez.

Se levantó, caminó a través de los pasillos angostos y oscuros de la casa donde había residido durante la mayor parte de los últimos cincuenta años. Era una casa amplia ubicada en una tranquila calle de una zona residencial de la ciudad. La había remodelado en dos ocasiones; la primera, por estar cansado de los alrededores y simplemente desear un cambio; la segunda, con la intención de venderla y mudarse.

Recorrió cada habitación, despidiéndose de los tesoros que había acumulado durante el curso de su existencia preternatural¹.

Se detuvo y deslizó las manos sobre aquellas cosas que había atesorado por una razón u otra: una talla de marfil de Venus, un oso pardo cincelado en una sola pieza de secuoya, un unicornio de ónix... Se detuvo frente a su pintura favorita, la que representaba un amanecer sobre un cristalino lago de montaña rodeado de un bosque de pinos. La observó durante varios minutos intentando recordar la sensación de tibieza del sol en el rostro. Se trasladó hacia la biblioteca, permaneció de pie frente a los estantes que cubrían las paredes del suelo al techo. Apenas aprendió a leer, amó los libros y pasó años recorriendo el mundo para coleccionar los que ahora atestaban los estantes. Muchas eran primeras ediciones autografiadas por los autores. Algunos eran tan antiguos que corrían el peligro de desintegrarse. Otros eran antiquísimos, como el de los salmos medievales del siglo XIV, una hermosa pieza de arte cuidadosamente escrita e ilustrada a mano. Su colección incluía también una Biblia manuscrita por monjes de la cual cada página era una obra de arte. Poseía libros y manuscritos que eran realmente incunables. Algunos de ellos estaban escritos en corteza de árbol o de bambú, en lienzo o seda. Uno en particular había sido tallado en placas de metal.

1- Preternatural: que excede las capacidades de la naturaleza humana.

Otro, un «*parabaiks*», era un libro plegable que, mediante escritura e ilustraciones, relataba la vida de Buda.

Tantos libros. Ningún mortal común podría vivir lo suficiente para coleccionarlos y, menos aún, leerlos. Pero él los había leído todos por lo menos una vez, y en algunos casos, varias veces. Y ésta era una de las muchas estanterías de libros que había en la casa. De uno de los estantes inferiores, extrajo un grueso volumen titulado *Historia Antigua, mitos, realidad o ficción*. Se desplomó en una de las sillas, hojeó rápidamente las páginas, y miró las imágenes hasta que se detuvo en una que captó su atención. Era un pequeño dibujo en blanco y negro de una mujer en una hoguera rodeada por una furiosa turba que agitaba antorchas sobre sus cabezas.

La reseña decía: «*Brenna Flanagan, acusada de brujería, ardiendo en la hoguera*».

Examinó la imagen que lo cautivaba porque la mujer tenía un extraño parecido con Atiyana, su amada Atiyana. Cerró los ojos durante algunos instantes y recordó a la única mujer que había amado: Atiyana, quien había muerto a los veintidós años, al dar a luz a su pequeño hijo. No había vuelto a conocer el amor desde su muerte, y no esperaba hacerlo, no ahora, que sufría la maldición del Oscuro Truco.

Apartó los recuerdos y prestó nuevamente atención al libro que reposaba en su regazo. La historia trataba sobre Brenna Flanagan, quien habría sido vista en repetidas ocasiones danzando y cantando desnuda a la luz de la luna. Según lo declarado por los vecinos, en una de ellas habían caído docenas de sapos del cielo. Según contaban, en otra ocasión los rayos habían surcado el cielo e incendiado varias viviendas y, dos días más tarde, había aparecido muerto un vecino a quien le había reclamado por el cerdo que hurgaba en su jardín. Se sabía que les vendía a los lugareños pócimas mágicas y hechizos de variado tipo, desde pociones para el amor hasta las que prometían la cura del esparaván. Algunas mujeres aseguraban haberla visto volar en el cielo.

ASHLEY

Finalmente, la gente llegó al límite de la tolerancia. Ante el temor de que la brujería se apoderara de la villa, como había sucedido con los pueblos vecinos de Androver y Salem, Brenna Flanagan fue arrestada y sentenciada, todo en la misma noche. Durante el acelerado juicio, se le exigió que identificara al espíritu maligno con el que estaba vinculada, y que confesara si había establecido contacto con el Diablo. Negó rotundamente cualquier nexo con el Maligno pero sus súplicas fueron desoídas. Fue declarada culpable de brujería. Si bien las brujas de Salem fueron ahorcadas, en este caso, los lugareños no querían dejar rastros de la bruja, por lo que Brenna Flanagan fue quemada en la hoguera y sus cenizas diseminadas en un lago de montaña.

Con el ceño fruncido, observó detenidamente el cuadro una vez más. Por supuesto, no era una fotografía, tan sólo una ilustración de lo ocurrido, un simple bosquejo en blanco y negro en el que se la percibía viva de alguna manera. Podía sentir su terror como un trozo de hielo en el estómago al igual que el calor de las voraces llamas lamiéndole los tobillos.

Se puso de pie, buscó su nombre en los libros cuyos títulos figuraban en las referencias. No aparecía dato disponible, aunque encontró abundante información respecto de la caza de brujas de Salem: de junio a septiembre del mismo año, diecinueve hombres y mujeres habían sido sentenciados por brujería, trasladados en carretas hasta Gallows Hill, y colgados. Un hombre de más de ochenta años que había rehusado someterse a juicio fue aplastado con piedras hasta morir sofocado después de dos días de agonía en los que llegó a suplicar por «más peso» para acelerar el final. Además de las diecinueve personas, dos perros sospechosos de ser «familiares» de los acusados fueron también ejecutados.

Sin acobardarse, Roshan encendió el ordenador. Sabía que muchos de los viejos vampiros se negaban a adoptar la tecnología moderna, no alcanzaban a comprender los beneficios de las nuevas herramientas y rehusaban aceptar algo que había sido inventado después de que recibieran el Oscuro.

Don. Roshan no era uno de ellos. Pasaba incontables horas navegando en la Web.

Entró en Internet, escribió «Brenna Flanagan» en un buscador y en un instante apareció información del caso que no agregaba nada nuevo, salvo la reproducción de un retrato de la mujer, considerado genuino y cuyo autor, según información adicional, se había arrojado de un acantilado al enterarse de la muerte de la mujer.

Roshan observó hipnotizado el retrato a color en el que el parecido con Atiyana era aún más evidente.

La imagen de Brenna Flanagan poseía una belleza singular: cabello cobrizo de un rojo refulgente como las llamas que le habían arrebatado la vida, hermosos ojos verdes con máculas doradas, ojos que escondían una profunda tristeza del alma, mentón pequeño pero desafiante, nariz de finas proporciones, cejas perfectamente arqueadas y labios que suplicaban ser besados. Vestida con una vaporosa túnica blanca estaba sentada en una silla con la espalda erguida. Un gran gato negro con ojos amarillos estaba acurrucado en su regazo.

Indudablemente, típico de una bruja, pensó burlonamente mientras imprimía la imagen. Un gato aparecía invariablemente en todas las películas de hechiceras e historias de brujería. En realidad, en ese momento, el único recuerdo que surgía nítidamente en su memoria era la película *Campana, Libro y Vela*, probablemente porque siempre había sido un gran admirador de los encantos de Kim Novak.

Según ciertas creencias, el gato como encarnación del demonio permitiría a las brujas cumplir su cometido. Roshan recordó la escena en la cual Kim Novak abrazaba al gato, cuyo nombre no podía recordar, algo así como Py..., mientras entonaba hechizadores cánticos para lograr el amor de James Stewart. Según esa película, las brujas perdían sus poderes al enamorarse, se preguntó distraídamente si podría ser verdad.

Al continuar con la lectura, pudo saber que se les adjudicaba a las brujas el poder de adoptar nueve veces la forma de un gato.

ASHLEY

Le resultaron interesantes los pasajes referentes a los animales generalmente más relacionados con las brujas: gatos, hurones, perros y pájaros. Otra sección que profundizaba la información al respecto contaba que si un perro gruñía a la nada era considerado como una advertencia de la presencia de un fantasma. En Persia, por ejemplo, cualquiera que poseyese un perro podía ser acusado de brujería ya que se los asociaba a la magia negra y se los consideraba responsables de enfermedades. En el Antiguo Egipto, se creía que los gatos poseían alma. Así también, el enterrar un gallo en la intersección de tres afluentes o de tres rutas, serviría para contrarrestar el poder del demonio.

Sintió un extraño escalofrío recorrerle la espalda al descubrir la fecha en que Brenna Flanagan había muerto, la misma de su propio nacimiento: noche de Halloween de 1692, cuando, supuestamente, el velo entre el bien y el mal, el pasado y el presente, resultaría más permeable.

Permaneció largo tiempo observando la imagen hasta que una tenue brisa, señal de la llegada del nuevo día, le provocó esa especie de hormigueo en cada una de las fibras del cuerpo que le advertía la inminencia del amanecer. Sensación que había experimentado cada noche durante los últimos trescientos años, como exhortación que lo conminaba a buscar un lugar para descansar.

Miró a través de la ventana que se estaba iluminando.

Hoy sería su último día.

Hoy pondría fin a su maldita existencia.

Abandonaría la protección de su casa para observar la salida del sol en el valle lejano. Caminaría a la luz del nuevo día por última vez, sentiría su dorado calor en la carne fría hasta que el olvidado placer se tornase en la agonía que lo destruiría. Al igual que Brenna, encontraría el final en las llamas. Sería, pensó, una apropiada introducción al fuego inconmensurable del infierno que seguramente lo aguardaba.

Se puso de pie, dejó el libro y se encaminó hacia la puerta principal. Bajó los escalones, y dispensó una última

mirada a la casa donde había vivido por casi medio siglo. Era una casa grande, con amplias habitaciones y cielos abovedados. Había sido el lugar favorito de los que ocupó durante su larga existencia.

Girando hacia el Este, elevó la mirada hacia el horizonte, sobrecogido al ver como el sol naciente pintaba los lienzos de azul intenso con brillantes pinceladas rosas, lavanda y ocras.

Parecía apropiado que su último amanecer resultara el más bello que había visto.